

fulgor sobre esos palacios encantados de vapores. Por un momento se inflama el aire y presenta un matiz rojo-anaranjado comparable á los reflejos de un remoto incendio; las nubes, el espacio, azules poco há, la tierra misma, se engalanan repentinamente con este nuevo adorno, y nuestros ojos cegados pierden en breve la facultad de admirar ese reflejo de resplandores, encerrados en las zonas donde los globos no han penetrado todavía. Apenas hemos tenido tiempo de darnos cuenta de ese bello fenómeno, cuando todo se disipa con una rapidez desconocida en los crepúsculos terrestres, en los que la luz lucha largo tiempo con la oscuridad: la gran antorcha de nuestro humilde planeta acaba de ocultarse debajo del horizonte, y con él mueren la luz y los colores.

¿Por qué no hemos de poder mantener nuestro globo en el espacio hasta la hora de la aurora, hasta el momento en que el sol acuda de nuevo á animar la naturaleza entera! ¡Qué sentimiento causa el pensar que es preciso volver á la tierra, y que mañana renacerán en este mismo sitio, admirables cuadros coloreados por esos cambiantes de luz, siempre esplendorosos, siempre nuevos! Una vez en el pavimento terrestre, la arquitectura extraña, grandiosa, de las nubes, no es ya la misma; por imponente que pueda ser en la tierra, no tiene punto de comparacion con la que se ofrece á las miradas del aeronauta. Los cúmulus y las masas de vapores aéreos ofrecen un aspecto muy distinto, segun que se contemplan desde el suelo ó desde el espacio; no parece sino que tienen dos adornos diferentes. Al revés de lo que sucede con el ágata que es deslumbradora cuando la atraviesa un rayo luminoso, y como empañada puesta sobre un objeto opaco, las nubes no se engalanan con su mas resplandeciente brillo sino para el ojo privilegiado que ha podido atravesar la grosera epi-

dermis formada por las nubes inferiores. Nuestra altura máxima ha sido de 3,900 metros; es la mayor á que he llegado hasta el presente, y nunca he observado mejor que la tierra parece ahuecarse, presentando el aspecto de una inmensa cubeta. La temperatura mínima no ha pasado de 5 grados centesimales bajo cero. Aunque baja, no es tan cruda como muchos creen. No nos ha sobrecojido verdaderamente el frio, lo cual consiste en que no se nota viento en el globo, y en que ninguna brisa viene á azotarnos el rostro. Tampoco hemos advertido dificultad alguna en la respiracion, y la única indicacion que puedo hacer se reduce á que nuestras palabras no se propagan fácilmente en este aire enrarecido, siendo menester levantar la voz para hacerse oír. He notado cierto zumbido en los oídos, un dolor insensible en el tímpano; el aire contenido en el conducto auditivo se dilata á consecuencia de la disminucion de presión exterior, y en ciertos casos puede causar un verdadero padecimiento.

Mangin me advierte que son cerca de las cinco, y que seria prudente descender; el globo está bien equilibrado en el espacio, y nuestro piloto pone en juego la válvula para hacerle oscilar. A medida que nos acercamos á tierra, va desapareciendo la última radiacion de la luz solar; las capas de aire se oscurecen, ó mejor dicho, palidecen; la campiña está ya sombría y en breve la cubrirá la noche con su manto.

Llegamos suavemente á un campo inmediato á Melun, junto á Vers-Saint-Denis (Sena y Marne), en frente de los grupos de árboles que vienen á ser los centinelas avanzados del bosque de Senart.—El viento nos arrastra algunos instantes por los sembrados, el globo se tumba y quedamos cubiertos de lodo y de tierra húmeda. ¡Triste regreso! ¡Es el despertamiento de un sueño apacible y grato!

## CAPÍTULO XXIX

### ASCENSIONES DE VENTOSO.—EL ARRASTRE

(W. DE FONVIELLE Y G. TISSANDIER)

Hacia mucho tiempo que habíamos fijado nuestra atención en el estudio de la radiación solar. En efecto, no es necesario esforzar mucho la imaginación para comprender que los estudios hechos en los observatorios terrestres pecan por su base, pues las nubes introducen en el calor advertido un coeficiente, cuya importancia no se puede valuar ni siquiera aproximadamente. Decidimos, pues, hacer nuestras observaciones en la región de los aires, y el 10 de enero de 1869 empezamos á henchir de gas el globo *El Emprendedor* en la fábrica de la Villette, pero aun no habia terminado la operación, cuando la tela fué abriéndose por todas partes, de suerte que hubimos de renunciar á aquel globo. Este contratiempo era tanto mas sensible cuanto que habíamos recibido telegramas de Zurich y de Madrid indicando la existencia de un viento sud-este muy favorable.

¡Hémos sin globo! ¿En cuál pensaremos? El *Neptuno* está estropeado; M. Giffard tiene la *Golondrina*, pero su parte superior se halla en mal estado, y necesita una importante reparación. Exponemos nuestra situación á M. Giffard, nuestro Mecenas aéreo, quien, para complacernos, no repara en gastos, y manda cubrir el pequeño globo con una nueva tela: lo barnizan además y

lo trasladan á la fábrica de gas el sábado 6 de febrero. Pero la *Golondrina* no cubica mas que 650 metros, y no sabemos si podremos elevarnos los dos en él. Para salir de dudas, pesamos escrupulosamente todos nuestros efectos, y luego medimos la densidad haciendo una prueba minuciosa y adquiriendo de este modo la convicción de que el ancla y la cuerda-guia con que contamos son demasiado pesadas si hemos de remontarnos con algunos sacos de lastre. Corremos entonces á casa de Duruof, y le cojemos un ancla de escasas dimensiones, reduciendo además nuestra cuerda-guia á la proporción de un delgado cable. Harto sabemos que con aparejos tan débiles podemos correr graves riesgos si encontramos un viento impetuoso, pero hemos solicitado del ministro de la casa del Emperador que ponga á nuestra disposición el globo *Imperial*, y nos ha contestado con una rotunda negativa. Solo nos queda un recurso, porque nuestro honor aeronáutico no permite que nos quedemos en tierra; entregarnos á merced de la *Golondrina* con sus insuficientes medios de regular el descenso... y eso que se acerca *ventoso!*

Al día siguiente, Chavoutier se encarga del henchimiento, que ejecuta en excelentes condiciones; pero el viento sopla á ráfagas;

la *Golondrina*, una vez llena se tumba, y los hombres que sujetan la barquilla apenas pueden contener sus impetus. Nos sueltan, y huimos de la tierra con la rapidez de una flecha, causando á no dudarlo una penosa sensacion en los circunstantes, porque no oimos los aplausos que suelen dirigirnos, y que hoy ha ahogado la emocion.

Esta es la primera vez que nos encontramos solos en la barquilla de un globo; hémos, pues, transformados en aeronautas; se ha fijado una banderola en la navecilla, y Fonvielle tiene á mano el lastre, que se vé obligado á prodigar para mantener á la *Golondrina* en la horizontal; trabajo nos cuesta arreglar la cuerda-guia que se ha enredado, y no por culpa nuestra. La barquilla era tan pequeña y el viento tan intenso! Hemos largado el ancla á fin de que todo esté listo para el descenso. Nos hallamos á 1,000 metros de altura, y el calor es sofocante; en tierra teníamos una temperatura de 13° centesimales, pero aquí, al sacar el termómetro de su funda, marca ya 28°. Es un calor pesado, abrumador, que inunda de sudor nuestras frentes; es un sol de plomo que nos dispara sus dardos en pleno rostro. El globo gira sin cesar, á consecuencia sin duda de leyes mecánicas que exigen que no haya traslacion rápida sin su rotacion correspondiente. El cielo está despejado y vemos sobre las campiñas que atravesamos algunas nubes que se confunden con las praderas; por el horizonte se extiende un manto de nubecillas argentadas de un maravilloso efecto. Pero ni siquiera tenemos tiempo de ocuparnos de estas observaciones, porque el globo adquiere un movimiento que nos alarma, el apéndice está flojo y parece vaciarse. Arrojamós continuamente lastre, y vaciamos cuatro sacos uno tras otro. Hemos partido á las 11 y 35 minutos, aun no son las 12, y ya estamos exhaustos de recursos.

Oimos algunos crugidos sobre nuestras cabezas; el globo está sometido á bruscas rotaciones, y le vemos oscilar muchas veces

sobre sí mismo; indudablemente hay en la atmósfera algun fenómeno del que no podemos darnos cuenta.

A las 12 y 5 minutos el globo baja con rapidez, pero vemos que nos precipitamos sobre canteras, barrancos y precipicios; echamos manos del último saco de lastre, y un fuerte golpe de viento nos arroja sobre un llano muy extenso, en cuya extremidad se vé un bosque de grandes dimensiones.

Allí es donde debemos saltar á tierra; la *Golondrina* se acerca á ella; arrojamós el ancla, y la barquilla choca contra el suelo con terrible fuerza; Tissandier se cuelga de la cuerda de la válvula, y vé que Fonvielle está lleno de sangre. El aro le ha dado un golpe en la cabeza, causándole una profunda herida, de la que brota sangre en abundancia. El choque ha sido espantoso y seco, pues la barquilla ha dado contra el suelo como un proyectil; rebota luego como una bala y las sacudidas que sufrimos son atroces. Nuestra ancla va dando vueltas por los campos sin poder hincarse; parece un tapon de corcho atado á la punta de un hilo! Nos arrebató una fuerza espantosa que tan pronto nos hace saltar al espacio como nos precipita contra el suelo.

¡ Es que empieza el arrastre en medio de un huracán formidable!

Volamos con tal rapidez que no vemos los objetos que nos rodean, y en menos de un segundo vamos á parar á la cima de los árboles que terminan la llanura. Confiamos en que aquellos árboles desgarrarian el globo y pondrian término á nuestra fantástica carrera, pero no contábamos con la fuerza del furioso viento que nos arrastraba. El ancla se hace pedazos, quedando tan solo su argolla al extremo de la cuerda; ¡era nuestra única tabla de salvacion!

Tissandier, colgado de la cuerda la válvula y agachado en el fondo de la barquilla, continúa tirando de aquella con todas sus fuerzas. La *Golondrina* es lanzada de árbol en árbol; lo mismo las encinas que los álamos se doblan bajo el peso del globo

furibundo, y luego se enderezan despidiéndonos al espacio y dándonos un nuevo y terrible impulso, cual un poderoso trampolin. Oyense los silbidos del viento; nuestra barquilla cruje y las cuerdas gimen: la elasticidad de todos estos órganos nos salva. Pero ¿estamos salvados acaso? ¿Cuándo terminará esta desatentada carrera? Parece que el globo se vacía algo, pero sigue ofreciendo un blanco enorme á los embates del huracán.

Jamás olvidaremos esa lucha suprema que tiene lugar en medio del peligro! Suspendidos en una frágil cesta, el viento se burla de nuestros esfuerzos, y nos voltea por encima de los obstáculos, ó nos hace chocar contra los árboles. ¿Es el temor ó el espanto lo que inunda nuestras almas? No. Es una especie de emocion tranquila, un vértigo que no carece de atractivo; el globo se vacía, porque Tissandier mantiene la válvula abierta, y el viento quedará domado. En estos momentos de combate contra las fuerzas de la naturaleza hay en realidad algo de grande y magestuoso. No puede menos de tenerse cierto sentimiento de orgullo cuando, á pesar de sentirse el hombre tan débil, oponer sin embargo resistencia á unas fuerzas cuya magnitud no desconoce. ¿No experimenta el marino un sentimiento de orgullo y de altivez, cuando, en medio de inmensas olas que van á estrellar su buque, se ha burlado impunemente de ellas, y está tentado por decir á esas legiones de espumas levantadas por las olas: «Ondas poderosas é iracundas, mi voluntad os ha vencido; desencadenadas contra este frágil casco, no habeis podido destrozarle!» Sin embargo, en nuestra loca carrera, continuamos desgajando las altas ramas, y luego caemos en los zarzales, para trepar, un segundo despues, á las cimas mas elevadas! De pronto nuestra barquilla se precipita en un espeso tallar. ¿Nos detendremos ahora? No; una malhadada rama se rompe en el pié de Fonvielle, le arranca el tacon de la bota y le produce una torcedura que le causa un

agudo dolor. La *Golondrina* se endereza; dando un terrible salto se desprende de los árboles, cuyas ramas la enlazan como brazos de hierro, cae pesadamente á tierra con formidable choque, y va á parar á otra llanura que se extiende ante nosotros.

Ha perdido ya un volúmen considerable de gas. El viento la ahueca con cierta elegancia, transformándola en una vela cóncava que continúa arrastrando por la superficie de la tierra labrada. Hace un momento volábamos atados, cual nuevos Mazzepas, á la grupa de un corcel fogoso; ahora rasamos el suelo con la rapidez del trineo que los perros esquimales hacen deslizar sobre el hielo. Nuestros cables voltean en todas direcciones, y al ver á algunos campesinos les gritamos que los sujeten. Tissandier tiene ya la mano dislocada por la cuerda de la válvula, de la que continúa tirando con la misma energía, pero sus fuerzas se agotan. «¡Ayúdame, Fonvielle, dice, voy á soltar la cuerda!» Pero afortunadamente, una multitud de personas logra sujetar nuestra cuerda-guia.

Salimos de la navecilla: Tissandier está lleno de leves contusiones que le entorpecen, pero no tiene el menor rasguño. La sangre que le cubre no es suya; dos cabezas humanas han chocado continuamente á cada sacudida del globo, y una sola herida ha bastado para inundar dos rostros. Fonvielle apenas puede tenerse derecho; pero algunos dias de reposo le curarán, y podremos hacer un nuevo viaje.

Preguntamos dónde estamos. «En Neuilly-Saint-Front, distrito de Chateau-Tierry, á 88 kilómetros de París por el ferro-carril.» Miramos nuestro reloj con asombro; hace treinta y cinco minutos que hemos salido de la fábrica de gas de la Villette, y por consiguiente hemos marchado con una velocidad de cuarenta y cinco leguas por hora! ¡Jamás habia hendido el aire ningun globo con semejante rapidez!

Tissandier vacía el nuestro, lo dobla colocándolo en la barquilla, y lo carga en una

carreta que han traído al efecto. Nos encaminamos á Neuilly-Saint-Front, escoltados por una muchedumbre considerable que nos aclama. La carreta abre la marcha, cargada con la *Golondrina*, y los dos la seguimos: Fonvielle apenas puede andar, y se apoya en el hombro de su compañero, dando el brazo á un aldeano. La multitud aumenta por momentos, y toma parte en esta procesion del regreso de los aeronautas.

Llegamos á Neuilly, donde nos recibe el alcalde con la mayor afabilidad; se presenta el médico, y cura á Fonvielle, anunciándole que pronto estará restablecido; nos dirigen preguntas, nos cuentan nuestro arrastre, y entonces hago que me sigan las personas que han sido testigos de nuestro descenso para medir la longitud del camino recorrido. Encontramos en el trayecto las huellas de nuestros choques, los vestigios de los surcos que hemos abierto, y examinamos los árboles rotos por nuestra barquilla; los girones de nuestra banderola estaban suspendidos en la copa de encinas que tenían mas de veinte metros de altura y que, vistas desde la navecilla, nos parecían raquíuticos arbustos. Descubrimos despues de andar mucho el sitio en que la barquilla dió en el suelo por primera vez, y midiendo este surco, adquirimos la certeza de que el arrastre se ha efectuado en una longitud de mas de tres kilómetros. Los espectadores dicen que se quedaron asustados al ver la velocidad con que una masa desconocida (porque el globo mas pequeño es un gigante para los habitantes de la tierra) iba saltando por encima del arbolado, y aseguran que marchábamos mas de prisa que un tren especial: así debe creerse, porque nuestra vertiginosa carrera no duró mas de cinco minutos.

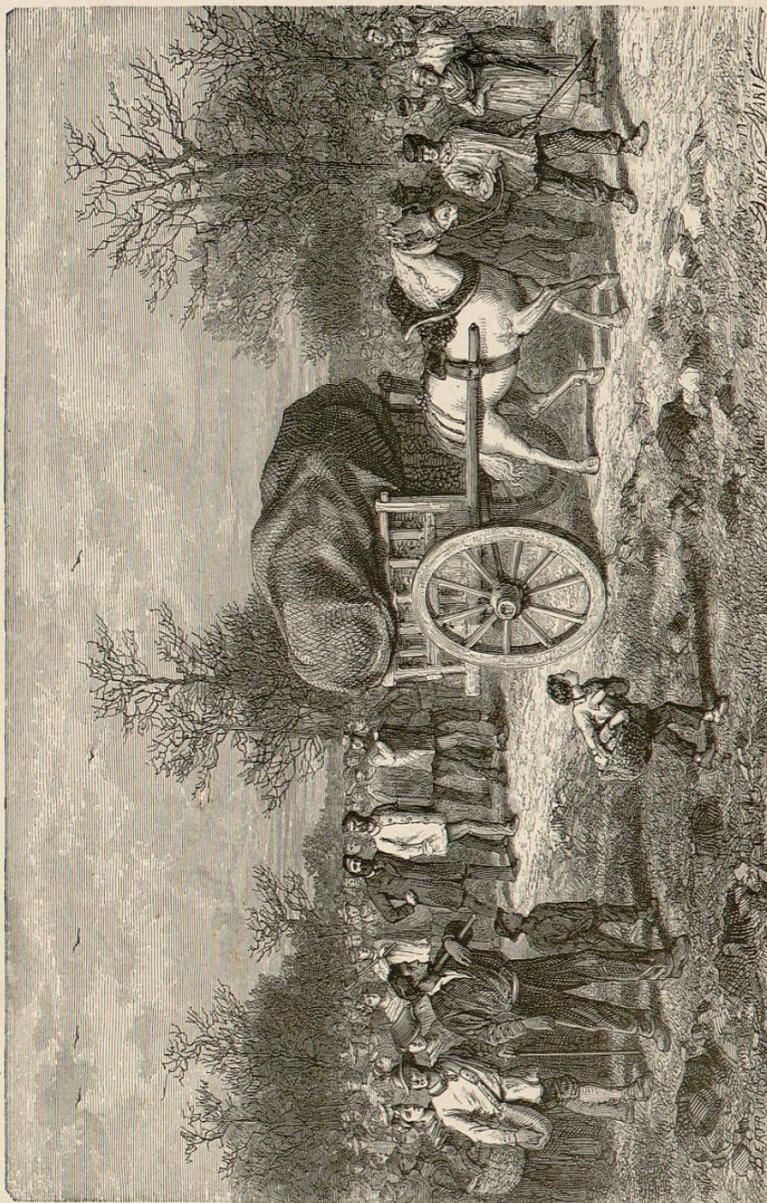
A la vuelta, hicimos levantar un acta del episodio de nuestro descenso, con objeto de que no pudiera aplicársenos aquello de

El mentir de las estrellas  
Es muy seguro mentir,  
Porque ninguno ha de ir  
A preguntárselo á ellas

Pasamos la noche muy agradablemente con los amables habitantes del teatro de nuestro semi-naufragió, y luego fuimos á hacer compañía á Fonvielle, que estaba acostado, pero no dormido, y fué el primero en reirse del temor cuya causa involuntaria era. Nuestro accidentado viaje nos ha puesto en evidencia una velocidad de viento y una temperatura excepcionales: hemos aumentado la fisica aérea con algunos casos nuevos que bien valen una torcedura de pié y un poco de sangre. ¿Por qué, pues, no estaremos satisfechos de nuestro viaje, y por qué no hemos de esperar con impaciencia el momento de emprender una nueva expedicion?

La curacion de la herida de Fonvielle requirió mas tiempo de lo que creíamos, y como era urgente comprobar el resultado que habíamos obtenido en nuestra ascension tempestuosa, rogamos á MM. Cassé y Delahoques que tuvieran á bien remontarse á los aires para decirnos qué ocurría por allá arriba mientras nosotros no podíamos vigilar el Sol. Así lo hicieron, y fueron á caer en Chalons, despues de haber advertido una temperatura de 16° á la sombra, á pesar de no haber subido mas que á 1,000 metros sobre el nivel de la tierra helada.

De este modo confirmaron, con gran contento nuestro, los curiosos resultados de nuestro anterior experimento. ¡Qué revelacion se encuentra en esas bocanadas de calor que el aire dirige sobre las nubes! ¿Cómo es posible no asombrarse, ante tan singulares hechos, de la imperfeccion de los conocimientos de fisica aérea? ¿Quién sabe si llegará un dia en que sea mas económico ir á calentarse á las altas regiones que encender en las bajas una estufa? Tal vez posean nuestros descendientes quintas aéreas análogas á la famosa ciudad flotante de Gulliver, y en vez de ir durante el invierno á Niza ó á Mónaco, quizás vayan á sudar sus resfriados y hallar un lenitivo á sus reumatismos y dolores crónicos mas allá de las nubes!



EL REGRESO DE LOS AERONAUTAS